

PERSPECTIVAS DEL HISPANISMO ACTUAL

¿DE qué os podrá hablar un presidente, que reglamentariamente debe cesar en esta reunión que hoy inauguramos? No os quiero entristecer con una confesión general —de agonizante— de mis muchas faltas, de las anteriores a la generosa designación con que hace tres años me honrasteis en Oxford y de las posteriores a ella. Mejor que hablar de lo que acaba, es tratar de lo que siempre perdura. Y lo perdurable, lo siempre joven, siempre renovado e incrementado es el tema mismo de nuestros afanes: el hispanismo. El hispanismo es ante todo una posición espiritual, una elección de lo hispánico como objeto de nuestros trabajos y también de nuestro entusiasmo, de nuestra ardiente devoción. En unos, en los que somos hispánicos, es una inclinación bien fácil de comprender; pero en vosotros los no hispánicos, es ya una selección en la que tuvo que haber un cotejo y aun forcejeo de culturas que os querían atraer para sí: grandes, como la maravillosa cultura francesa; intensas, deslumbradoras y fecundantes como la italiana, poderosamente montadas a través de muchos mares como las de lengua inglesa, o con el fuerte contenido de pensamiento impregnante de la alemana —para no citar sino algunas de las más extensas—; y sin embargo vosotros os volvisteis hacia las culturas de los pueblos peninsulares, nacidas como en diminutas cunas allá en los valles del Norte, y al gran crecimiento de una de ellas, la castellana, primero en la Península, y luego en un espléndido collar —único en el mundo— de naciones, al otro lado del Océano. Del fondo de mi corazón, y creo que todos los hispánicos que están aquí se unirán conmigo, a vosotros señores hispanistas de otras lenguas y orígenes, gracias, muchas gracias.

Pero el hispanismo además de un deseo electivo y una voluntad de trabajo es objetivamente un campo, una tarea ante nuestros ojos. No os habéis equivocado, hispanistas que habéis venido a lo hispánico desde fuera de ello. Como nuestra Asociación no es muy abundante de “averes monedados”, hagamos arqueo de lo que sí tenemos, de nuestros verdaderos tesoros. Permitid que, aunque de una manera rápida, sumarísima, subjetiva y desordenada —la vida me obliga a escribir a vuelapluma— os recuerde algunos de los temas y perspectivas que el estado actual de nuestras técnicas pone hoy al alcance del hispanista investigador. ¡Cuánta falta hacen —a pesar de algunos ensayos excelentes— nuevas guías

para el hispanizante, bien modernas, que enfoquen nuestros problemas y necesidades —ofreciéndolas como tajo posible para los más jóvenes— en toda su enorme complejidad cronológica, geográfica, de perspectiva y de técnica aplicable! Y yo pienso si no sería conveniente que muy espaciadamente, digamos cada diez años, una de nuestras reuniones —como la que ahora celebramos en Nimega—, fuera dedicada a una discusión sistemática de sectores científicos del hispanismo, sus límites, sus temas, pero sobre todo sus posibilidades y sus técnicas. Las actas de tal congreso serían una verdadera guía para las nuevas juventudes que quisieran dedicarse a los estudios hispánicos.

Lejos de tal ordenación sistemática, permitidme que de un modo revuelto haga pasar ante vuestra vista perspectivas que todos conocéis, claro, pero que tal vez sea interesante contemplar agolpadas casi simultáneamente ante nuestros ojos. Y debo advertir que aunque nuestra Asociación —con acertado criterio— abre los brazos no sólo a lingüistas y críticos literarios, sino también a historiadores y a críticos e historiadores del arte, y aun a creadores literarios, yo no tocaré sino los segmentos dentro de los cuales se han movido mis actividades, en este rápido y nada sistemático panorama que os quiero presentar.

En nuestros días hemos ganado en lingüística y en investigación literaria un conocimiento que, aunque sea el huevo de Colón, señala verdaderamente una época: hemos ganado un más exacto conocimiento de nuestros verdaderos objetivos: hoy tenemos una idea mucho más clara de lo que es una verdadera indagación lingüística y verdadera indagación literaria. Hemos llegado a distinguir lo que es lingüístico y literario, de lo que no lo es: el objeto único de la investigación lingüística es el lenguaje (el llegar a saber cómo y por qué relaciones el lenguaje se convierte en transmisor de lo pensado y —no se olvide— sentido por A y recibido por B); del mismo modo la auténtica investigación literaria se propone saber por qué la obra literaria transmite una especial carga de pensamiento y sentimiento entre el creador A y el lector u oyente B. Insisto en el paralelismo de estos dos movimientos porque no suele ser señalado, aunque es evidente.

Esta nueva posición, que si admitimos un nombre que ha hecho fortuna podemos llamar estructuralista —lo mismo en lo lingüístico que en lo literario—, ofrece a las nuevas generaciones, ilimitadas posibilidades en el campo hispánico. En lo lingüístico está cambiando con rapidez extraordinaria la mayor parte de las nuevas indagaciones: fonología más que fonética, nuevos conceptos de la morfología, la sintaxis, la semán-

tica. . . Y no entro en las posibilidades maravillosas de registro de sonido; ni en los problemas de recuento de español básico ni en los de traducción mecánica. En literatura, la obra literaria, la verdadera novia, aunque olvidada tanto tiempo en los festines de la erudición decimonónica, pasa ahora a primer plano: es ella, tiene que ser ella el objeto preferente de nuestra atención; el fin de la investigación literaria consiste en definir, en aislar, lo que constituye el alma individual, su estilo. Porque, repito mi vieja definición —tantas veces olvidada o mal interpretada—: *estilo es todo lo que individualiza a una obra de arte*. No unas cuantas externalidades: la expresión del tema, con su pensamiento, y con su carga de afectividad.

Pero, ¿vamos a abandonar por eso toda la masa de estudios tradicionalmente llamados lingüísticos y literarios? De ningún modo. Y si ciertamente debemos mirar con complacencia que las nuevas generaciones de hispanistas se dediquen a investigar lo que es o centralmente lingüístico, o verdaderamente literario, hay al mismo tiempo que prevenir contra el abandono de los criterios tradicionales, que si en cualquier parte sería nocivo, en el campo hispánico puede resultar catastrófico. Voy a poner un ejemplo: hace aún solamente un tercio de siglo, cuando un joven español quería comenzar investigaciones de lingüística, elegía una zona, por lo general remota y aislada y más o menos dialectal, de la Península, y después de andar muchos quilómetros a pie por tojales y breñas, y tal vez dormir en algún pajar, volvía con una investigación más o menos completa del habla de la región. No tengo ahora ni que decir cuántos jóvenes extranjeros nos visitaron también para lo mismo. El número de estos héroes ha disminuido tanto, que se puede decir que casi ha desaparecido. Pues bien: lo cierto es que la recogida de materiales de la dialectología peninsular —a pesar de esos esfuerzos—, ha sido relativamente pequeña, que hay zonas mal conocidas, que la labor está a medio hacer; incomparablemente menos avanzada que la del territorio francés o aun que la del italiano. Los atlas lingüísticos, utilísimos, no suplen este otro tipo de investigación, la cual unas veces los completa pescando los peces que se habían ido por entre la mallas de las red de los atlas, otras los corrige o los comprueba. Si esta labor no se continúa, ese tesoro dialectológico se nos va para siempre: la radio y la televisión terminan con él en pocos años, porque su fuerza niveladora no tiene comparación con nada de lo conocido antes. Transportad ahora el caso a las inmensas extensiones de Hispanoamérica. Se está iniciando ahora una investigación del español hablado en las grandes poblaciones hispánicas; viene esta investigación

unida a esas nuevas tendencias en curso. Ni que decir tiene que la apoyo con todo entusiasmo, que me parece utilísima. Pero es necesario que siga habiendo investigadores arriesgados que nos recojan los miles de matices y características del español hablado en zonas semidesérticas, entre selvas, entre enormes montañas, o en contacto con los indios, quizá en mezcla con ellos y su lenguaje. Y no digamos nada de las indagaciones sobre las lenguas indígenas de Hispanoamérica: el lingüista que estudia el hispanoamericano no puede quedar indiferente ante esos trabajos.

Volvamos al tema esencial: debemos a nuestro siglo una mayor precisión sobre lo que, rigurosamente hablando, podemos llamar lingüística e investigación literaria: hay que usar, crear o perfeccionar esos nuevos métodos. Pero no hay por eso que abandonar los métodos tradicionales.

Ante todo los aplicados a una perspectiva histórica. ¡Cuánto hay aún que trabajar en este sentido! ¡Cuántas veces ocurre que hechos de la historia fonética de la península hispana no han sido tenidos en cuenta ni puestos en relación con otros de otras zonas románicas, cuando, en realidad, mutuamente se esclarecían! Y ¿cómo no lamentar la escasa contribución de estudios de sintaxis histórica de la lengua española, aunque haya algunos excelentes y tengamos para el futuro inmediato una fundada esperanza de “fruto cierto”? En el terreno de la etimología, donde tanto se ha laborado, y donde lo publicado recientemente es de tanta importancia, cuántos casos dudosos aún, sin embargo; cuántas voces nos ofrece aún el léxico español para las cuales no hay pista medianamente segura. Pues, ¿y la toponimia? ¿Y la antroponimia, donde la investigación de lo castellano no es comparable ni siquiera a lo realizado en el portugués o en el catalán?

Saltan por todas partes, como vislumbres huidizas, obsesionantes problemas históricos de las lenguas hispánicas, difíciles, que a veces ofrecen pocos datos a nuestro alcance: los contactos con lo prerromano, ibero, celta, ligur. . .; y la lectura y descifre de las antiguas inscripciones. Y la discusión de los sustratos: pirenaico-alpino, mediterráneo. . . Y los infinitos problemas del vasco: su extensión antigua, su extensión medieval; la latinización ya antigua, ya moderna, de gran parte de su léxico; sus afinidades caucásicas; ¿su influjo, por efecto de sustrato, en el castellano? Y más cuestiones complicadas en lo que toca al mismo latín peninsular, ¿teñido, acaso, de matiz dialectal desde su cuna itálica? Y la evolución del romance, con las teorías acerca de la diptongación; y el dialecto mozárabe; y la división dialectal en el Norte de la Península. Problemas apasionantes. Problemas para dedicarles una vida. ¡Y cuánto deseo de aprisionar la

verdad esquiva, que entre los dedos siempre se nos escapa!

No menos apasionante, la perspectiva histórica de la literatura. En cierta ocasión, defendiendo el concepto expuesto casi al principio de estas palabras (que el central, el verdadero quehacer literario consiste en el conocimiento de la obra literaria considerada en sí misma), llegué a escribir que no podía existir una historia de la literatura. Varias veces se me han reprochado esas palabras: se ha creído ver en ellas una oposición a los estudios de la cultura literaria en perspectiva histórica. Lo lamento, y debo excusarme de haber originado un *quid pro quo*: yo hablaba de un modo estricto, desde mi punto de vista teórico; pero de ningún modo podía ser opuesto a una perspectiva histórica de la cultura literaria, perspectiva que también he cultivado en la medida de mis fuerzas, y pienso seguir cultivando. Ni tampoco hay que pensar que el estudio de la obra literaria en sí sea más alto o noble que las indagaciones históricas, que, por otra parte, le son auxiliares imprescindibles. Es necesario, sencillamente, que sepamos cuándo hacemos una casa, y cuándo un puente o un túnel; eso es todo. Y que no creamos que estamos haciendo un puente cuando estamos haciendo una casa. Pero necesitamos puentes y necesitamos casas. ¿Habrà atracción mayor que el mundo recién descubierto de las jarchas, que cambia nuestras ideas sobre el origen de la lírica del Occidente europeo? ¿O que las implicaciones que salen de la aparición de la hispánica *Nota Emilianense*, documental negación de la discontinuidad en la épica francesa? ¿Pues quién puede no sentirse apasionado por las cadenas de *topoi* del gran Curtius, aunque creamos que no siempre el uso posterior de un *topos* antiguo implica dependencia? ¿Y cómo negarnos al interés de los estudios sobre temas y troquelaciones en distintos puntos y momentos de la Europa Medieval, que muestran las direcciones de la transmisión de la cultura? ¿O a los trabajos con que Menéndez Pidal ha reconstruido la tradición de gran parte de la cultura literaria de España?

Me he reducido a algunos de los temas que más se agitan en estos tiempos en el terreno de la historia de la cultura literaria de la Edad Media hispánica. Todos conocéis otros de tanto interés correspondientes ya a los siglos XVI y XVII, ya al XVIII, ya a la época contemporánea.

En realidad, problemas de este tipo nos los ofrecen todas las grandes culturas nacionales. Debo justificar aún, pues, el júbilo especial, que, según decía al principio, debemos sentir por ser hispanistas, aunque ya avancé algo entonces.

Es que el hispanismo es algo nuevo. Claro está que ha habido hispanistas desde hace muchos siglos. ¿Cómo se podría decir otra cosa aquí, a no

muchos quilómetros de la patria flamenca del autor —tantas veces injustamente silenciado— de la *Hispaniae Bibliotheca* y colector de la monumental *Hispania Illustrata*? Pero era hispanismo de figuras aisladas o de pequeños círculos. Y aunque esto cambia bastante con el Romanticismo, y a lo largo del siglo XIX, todavía creo que hay que llegar al final de la primera guerra europea para ver el gran aumento del afán por los estudios hispánicos. Juega aquí un papel muy importante, y siempre creciente, el interés por Hispanoamérica. Con grandes oleadas súbitas y algunos años de ligero retroceso, el nivel alcanza alturas cada vez más elevadas. Pero, a pesar de muchos trabajos aislados de magnífica calidad, este nuevo hispanismo no pudo llegar preparado por un anterior laboreo casi sistemático del terreno como el que realizaron los filólogos, principalmente alemanes, con la lengua y la literatura francesas durante la segunda mitad del siglo XIX y primeros decenios del actual. Hay mucho más terreno virgen en el campo español y son, por tanto, más esperables en él los felices hallazgos.

Pero hay otro aspecto que no hemos considerado aún: es la enorme extensión geográfica del territorio. España lleva en seguida su cultura a los países descubiertos en América: funda universidades, en los centros virreinales hay pronto un cultivo literario, otras zonas del imperio lo tienen pronto también. Cuando las repúblicas hispanoamericanas alcanzan su independencia a principios del siglo XIX, es posible que tuvieran inmadurez política, pero tenían una adelantada madurez cultural. Alrededor del año 1900, ese conjunto ya puede verter un primer influjo importante sobre España: el modernismo. Veinte países, la cultura de veinte países (y algunos restos de ella en otro) es el campo que se le ofrece hoy al hispanista. Añádase aún el mundo sefardí, el español hablado en los Estados Unidos, y su literatura, etc.

Cada cultura tiende en algún modo a cerrarse sobre sí misma: esto lleva, en el gran mundo hispánico, a las diferenciaciones de las varias hablas nacionales, que no hay que exagerar; pero que existen y que son de interés extraordinario para el lingüista. Las diferenciaciones entre Madrid y Méjico no son mayores que las que hay entre Méjico y Buenos Aires o entre Buenos Aires y Madrid. Pero qué riqueza de datos y de consecuencias generales pueden extraerse de ellas. En tal zona perviven expresiones de la lengua clásica, que en España se han perdido, o viceversa; por todas partes, en cada comunidad nacional la creación metafórica fermenta de modo diferente; en cada punto en donde la cultura española se puso en contacto con lo indígena surgieron usos de convi-

vencia con resultados también en el lenguaje que aunque en general muy localizados, no dejan de tener gran interés desde un punto de vista estrictamente lingüístico. Y ¿dónde dejamos en el otro extremo las peculiaridades de las hablas sefardíes?

La profundidad de siglos y la enorme extensión territorial, la geografía y la historia, la unidad y la variedad, los movimientos desde el centro, Madrid, en la época de la colonia, y los que después tienden a cerrar cada cultura nacional sobre sí, en los países hispanoamericanos, y el contacto con tantos pueblos indígenas, de lengua muy distinta, todo esto convierte al mundo hispánico, a su lengua, sus hablas, y sus literaturas, en un fantástico abigarrado espectáculo, tan digno de atención por la conservación de sus elementos unitarios como por sus variadas innovaciones nacionales y locales. Y todo ello tiene inmediato reflejo en las diferentes literaturas.

No os habéis equivocado, hispanistas todos, amigos míos: al tomar la cultura hispánica como objeto de vuestros afanes, habéis elegido un sector donde habéis hallado los campos culturales de mies más abundante, donde hay los más increíbles territorios lingüísticos casi vírgenes, donde la historia de la cultura literaria os ha reservado magníficos hallazgos: muchos de los que me escucháis los habéis hecho ya de gran importancia; muchos otros os esperan —quizá algún nuevo refrescador manantial como el descubrimiento y desciframiento de las jarchas—; en fin, el mundo de la cultura hispánica es la selva milagrera donde al caballero hispanista se le pueden dar, una tras otra, estupendas aventuras.

En las sesiones que seguirán a ésta vais a mostrar algunos de vuestros hallazgos. Mucho éxito en ellas, mucho éxito para esta reunión de Nimega, y larga y floreciente vida a nuestra Asociación Internacional de Hispanistas.

DÁMASO ALONSO

Universidad de Madrid
Real Academia Española